



## El Resplandor de la Pascua

Esta columna está basada en una homilía dada en La Iglesia de San Francisco en Bend el 13 de Mayo, 2018.

Las historias del Evangelio de Pascua nos dicen algo bastante sorprendente: Jesús Resucitado es difícil de reconocer. Apenas la piedra había sido quitada de Su tumba, y aquellos a quienes llamó “amigos” hombres y mujeres que habían caminado con él durante años no podían decir quién era cuando se paró frente a ellos. Solo con esfuerzo pudo Jesús convencerlos de que era Él.

Si hubiera querido causar una impresión abrumadora, nuestro Salvador podría haber regresado de entre los muertos como Él Transfigurado cuyo “rostro resplandeció como el sol” y cuyas “vestiduras se volvieron blancas como la luz”. Sin embargo, tanto el semblante como la vestimenta del Señor resucitado era tan ordinario, tan igual como los Apóstoles estaban acostumbrados, que los relatos de las apariciones de la Pascua no hacen mención de ellos en absoluto. No tenemos ninguna razón para pensar que Jesús se veía notablemente diferente ante Sus amigos después de Su Resurrección que antes de Su Pasión. Deberían haberlo reconocido al instante. Pero no lo hicieron.

María Magdalena fue la primera afectada por esta amnesia apostólica. Ella vino a la tumba antes de que se levantara la oscuridad, pero había suficiente luz para ver que la piedra había sido movida. Asustada, corrió a buscar a Pedro y Juan, quienes emergieron de la tumba vacía completamente desconcertados y dejaron a María sola en la entrada para llorar la deslumbrante

ausencia de Aquél que expulsó a siete demonios de su vida desordenada. Dándose la vuelta, vio a un hombre a quien ella consideró ser el jardinero y pensó que él se había llevado el cuerpo de su Señor lejos. Aunque el hombre estaba cerca, la vista la traicionó: ella no lo reconoció. Pero el oído sonó verdadero cuando le dijo: “María”. Al oír su nombre, ella sintió la mirada sabia del Maestro de nuevo. Allí en ese momento, ella lo reconoció: era Jesús. Ella supo quién era Él en el momento en que se dio cuenta que Él sabía quién era ella.

“¡He visto al Señor!” dijo María a los Apóstoles. Pero su testimonio no logró sacudir su incredulidad. Esa noche, cuando Jesús se les apareció, pensaban que estaban viendo un fantasma. El Vencedor de la muerte tuvo que mostrarles sus heridas y comerse un pedazo de pescado para lograr que lo reconocieran.

Incluso esta experiencia directa de la Resurrección no fue suficiente. Unas semanas después, estos mismos testigos pasaron una noche inútilmente pescando desde el barco de Pedro en el Mar de Galilea. Al amanecer, San Juan cuenta; “Jesús estaba en la playa; sin embargo, los discípulos no sabían que era Jesús”. El les aseguró que harían una pesca si arrojaban sus redes al costado derecho del bote. Lo hicieron y capturaron más peces de los que podían transportar. Solo entonces el grito de reconocimiento de Juan resonó sobre las aguas: “¡Es el Señor!”

Una pregunta inquietante surge de estos relatos familiares de los Evangelios: si los Apóstoles tuvieron tantos problemas para reconocer al Jesús Resucitado a quien vieron, oyeron y tocaron, ¿cómo se supone que usted y yo reconoceremos a Aquel a quien nunca hemos visto?

San Lucas anticipa esta objeción en su relato de los discípulos desanimados en viaje hacia Emaús. Un viajero “se acercó y se fue con ellos. Pero sus ojos no lo reconocieron”. Sin embargo, Él procedió a abrir las Escrituras en una manera que hizo arder sus corazones dentro de ellos. Al acercarse al pueblo, le pidieron que se quedara. “Cuando Él estuvo en la mesa con ellos, tomó el pan y lo bendijo, lo partió y se lo dio. *Y sus ojos se abrieron y lo reconocieron*; y Él desapareció de su vista.” Regresando pronto a Jerusalén, los dos discípulos les dijeron a los Apóstoles “cómo se les dio a conocer al partir el pan”.

Y no solamente a ellos. Según los Hechos de los Apóstoles, los primeros Cristianos “se mantuvieron firmes . . . a la fracción del pan.” Dos milenios después, nosotros, sus coherederos en la fe, practicamos el mismo reconocimiento apostólico en la que vino a llamarse la Misa, porque en esta sagrada acción memorial, *Jesús viene a ser reconocido por Quien es*: el Cristo Resucitado en medio de nosotros, Quien nos da vida indestructible en Su Cuerpo y Su Sangre.

A medida que nuestra visión espiritual se acostumbra a reconocer al Resucitado bajo las apariencias del pan y vino ordinario, los ojos de nuestro corazón buscarán encontrarlo también en otra parte. Nosotros llegaremos a reconocerlo en los hambrientos y sedientos, los enfermos y discapacitados, los solitarios y abandonados, los no bienvenidos y encarcelados. Veremos y amaremos en ellos lo que Él ve y ama en nosotros.